

Virgen; el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios debajo de su nombre; tantas devociones admitidas y aprobadas por la Iglesia para conservar y para fomentar nuestro filial amor á la Madre de Dios; todo esto debe despertar y debe avivar nuestro fervor y nuestro zelo. Si tienes en tu casa alguna capilla ú oratorio, dedícasele á la Virgen. Sean sus imágenes el adorno de tu cuarto y de tus salas. Coloca alguna de ellas ó á la cabecera, ó á vista de tu cama. Es devoción santa y provechosa saludar á la santísima Virgen siempre que se ve alguna imagen suya. Todas sus fiestas las has de celebrar con singular devoción; y esta devoción la has de hacer mas solemne por medio de alguna limosna. El sábado es aquel dia de la semana que consagra singularmente la Iglesia al culto de esta Señora; solemnízale tú tambien con alguna devoción particular. Entre los verdaderos devotos de la Virgen son pocos los que no ayunen los sábados, á ejemplo de los santos, ó que no vayan á oír misa, ó á hacer oración en la iglesia, donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos ejercicios es señal de predestinación.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN AGAPITO, mártir, en Palestrina, que siendo de quince años era tan fervoroso en amar á Jesucristo, que prendiéndolo por mandato del emperador Aureliano, primero fué azotado por largo tiempo con crudos nervios y despues, por mandato del presidente Antíoco, padeció otros mas crueles tormentos: por último el mismo emperador lo mandó arrojar á los leones, de los cuales no habiendo recibido daño alguno, degollado por los ministros alcanzó la corona. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS JUAN Y CRISPO, presbíteros, en Roma; los cuales en la persecucion de Diocleciano con gran caridad dieron sepultura á los cuerpos de muchos santos, por cuyos méritos consiguieron poco despues acompañarles en los gozos de la vida eterna.

LOS SANTOS MÁRTIRES HERMAS, SERAPION Y POLIENO, allí mismo; los cuales arrastrados por estrechuras, pedregales y otros lugares ásperos, entregaron á Dios sus almas.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORO Y LAURO, canteros, en la Esclavonia; los cuales siendo martirizados sus maestros Próculo y Máximo por mandato del presidente Licion, despues de diversos tormentos fueron echados en un pozo muy hondo. (Estos santos parece que eran hermanos, y habiéndoles sido encomendada por la emperatriz Elpidia la construcción de un templo dedicado á los dioses, distribuian á los pobres



STA. CLARA
DE MONTE-FALCO, V.

todo el producto de su trabajo; y cuando el templo tocaba á su conclusion, llamaron á todos los cristianos que encontraron, y de noche todos juntos fueron al templo, hicieron pedazos los idolos en él colocados y plantaron en su centro una cruz. Al saber el emperador Licinio el atentado, hizo prender á los dos hermanos y á cuantos cristianos pudo haber, y los condenó al martirio.)

LOS SANTOS MARTIRES LEON Y JULIANA, en Mira en Licia.

SAN FIRMINO (Ó FERMIN), obispo y confesor, en Metz en Francia.

SANTA ELENA, madre del piadosísimo emperador Constantino el Grande, en Roma, en la via Laticana, el primer principe que con su ejemplo enseñó á los demás á proteger y dilatar la santa Iglesia. (Véase su historia en las de hoy.)

SANTA CLARA, virgen, monja del orden de S. Agustin, en Montefalcó en la Umbria: venéranse con gran devocion los sagrados misterios de la pasion de nuestro Señor Jesucristo que éste se dignó grabar en su corazon. (Véase su historia en las de hoy.)

SANTA CLARA DE MONTE-FALCÓ, VIRGEN.

SANTA Clara de Monte-Falcó, de quien publica tantas maravillas el martirologio romano, nació en Monte-Falcó, ciudad de Umbria en Italia, cerca de Espoleto, por los años de 1275. Su padre se llamó Damian y su madre Jaquelina, menos distinguidos por su nacimiento que por su mucha piedad, la cual los movió á dar á sus hijos una cristiana educacion. Tuvieron dos hijas: Juana, que pasó toda su vida fervorosa y santamente en cierta comunidad de doncellas que ella misma habia formado, y Clara, que fué despues el mas bello ornamento de la misma comunidad. Desde la edad de cinco años tuvo una maravillosa inclinacion á la oracion; hallando en ella tanto gusto, que él mismo daba á entender el verdadero principio de aquellas sobrenaturales luces que ya desde entonces la ilustraban; y como el don de oracion nunca se separa del espíritu de penitencia, apenas comenzó Clara á vivir, cuando comenzó á mortificarse. Solo el ver un Crucifijo era para ella como un precepto de continua mortificacion. Apenas se pudiera creer que una niña de seis años tuviese no solo valor, pero ni aun la viniese al pensamiento el macerar su inocente cuerpo tanto como maceró el suyo nuestra Santa. Ceñíasele todo con una cuerda llena de apretados nudos; de suerte, que si no se hubiera acudido con tiempo á moderar los excesos de tan industriosa mortificacion, hubiera sido preciso despedazar con crueles incisiones el delicado cuerpecillo para que no la costase la vida.

Sobresaltado el infierno á vista de tan anticipado fervor, puso

en movimiento todas sus artes para espantarla y para desalentarla. Sequedades, tentaciones, visiones espantosas, de todo se valió para sufocar en su mismo nacimiento aquellos afectos de devoción que asombraban á los mas perfectos; pero Clara hablaba siempre en la oracion y al pié del Crucifijo luces para descubrir y armas para vencer todos aquellos artificios. Lo que sobre todo la sirvió de escudo y de asilo mientras duraron aquellas peligrosas pruebas fué la tierna y afectuosa devoción con la Madre de Dios. Y como el amor de Jesucristo es inseparable de una viva devoción á la santísima Virgen, nuestra Santa habia nacido, por decirlo así, con el amor á la Reina de las vírgenes, el que se manifestó desde la cuna, y cada dia fué en aumento hasta el último instante de su vida.

No era para el mundo alma tan privilegiada; y así solo suspiraba por el estado religioso. Fueron tantas las instancias que hizo á sus padres para que la dejasen entrar en la comunidad de su hermana, que fué preciso ceder á su inclinación, aunque no tenia mas que seis años, y fué recibida en ella, no como educanda, segun lo pedia su corta edad, sino como miembro de la misma comunidad, cuyas santas leyes comenzó á observar con mas fervor que otra alguna. El gozo de verse ya admitida entre las esposas de Jesucristo la inspiró el deseo de manifestarle su reconocimiento. Resolvió ayunar ocho dias consecutivos, y lo hizo con tanto rigor, que en todos ellos no comió mas que un poco de pan seco y una manzana. A la verdad, su misma abstinencia ordinaria y regular parecia cosa de prodigio; apenas comió en un mes lo suficiente para alimentarse una semana; y cuando la obediencia la obligaba á moderar sus ayunos los domingos y las fiestas principales, toda la moderación se reducía á añadir al pan seco algunas yerbas silvestres, y algunas habas secas remojadas en un poco de agua.

Insaciable en el ansioso deseo de padecer por Jesucristo, añadía continuamente á su abstinencia comun espantosas penitencias. Nunca gastó otra cama que una tabla ó la desnuda tierra; el suelo y las paredes de su celda, teñidas de su sangre, daban testimonio de la inocente crueldad de sus disciplinas; y un horroroso cilicio, de que rara vez se desnudaba, era buen testigo de los excesos de su mortificación. Es verdad que no faltaban consuelos á una alma tan pura y tan penitente. Su oracion era un éstasis continuo; y en estos largos y frecuentes raptos, qué abundancia de celestiales dulzuras, qué torrente de espirituales delicias no inundaría aquel corazón abrasado en el fuego del divino amor? Aparecíasele frecuentemente la santísima Virgen, que la miraba

como á una de sus mas amadas hijas. Presentóla un dia á su divino Hijo en figura de un hermosísimo niño; y se halló entonces la Santa tan extraordinariamente encendida en el amor del Hijo y de la Madre, que sin milagró no pudiera sobrevivir á tan insignificante favor.

Su hermana Juana, que con tanto zelo y con tanta prudencia gobernaba aquella comunidad, viendo que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, determinó edificar otro monasterio mas capaz sobre una colina, en un sitio que la aparición de una milagrosa cruz parecia haberla señalado para el nuevo convento. Vencidos felizmente todos los estorbos y dificultades que se opusieron á su piadoso intento, trasladó á él todas sus hijas, y habiendo suplicado al obispo de Espoleto, diocesano suyo, que les diese alguna regla, recibieron la de S. Agustin, y hechos los votos en manos del mismo obispo, formaron desde entonces una nueva comunidad religiosa. Los gastos de la fábrica habian reducido la comunidad á la precisión de recurrir á las limosnas de los fieles para mantenerse; y como toda la ambición de Clara era por los oficios mas humildes y mas penosos, la dieron el de limosnara. Ejercitóle su modestia mas que su lengua; aquella pedia, y ésta callaba. Nunca se levantó el velo, ni entró jamás en casa alguna; arrimábase á la puerta, y allí se estaba como si estuviera en oracion. Siendo el oficio tan distraído y tan penoso, no fué capaz de distraerla ni un solo momento, ni de obligarla á moderar su abstinencia. Cuando volvía á casa quebrantada de las fatigas del dia, su descanso era entrarse en el coro, y pasar de ordinario en oracion toda la noche. Temiendo la prelada que un oficio tan trabajoso arruinase la débil y delicada salud de nuestra Santa, la exoneró de él; pero presto encontró Clara el secreto de recompensar esta indulgencia con nuevas mortificaciones.

Consideraba su cuerpo como una víctima que todos los dias quería sacrificar á la divina justicia por los pecados que se cometian, y tomó la resolución de no aliviarle nunca del cilicio, sino para despedazarle con sangrientas disciplinas. En la exacta observancia de las reglas llegó hasta donde era dificultoso pasar. Parecióla un dia que habia quebrantado la regla del silencio por haber dicho algunas palabras que pudo excusar, y en penitencia se condenó á rezar cien veces el Padre nuestro con los pies desnudos sobre agua helada. Dijola un dia su hermana y superiora que cuando hablase con su propio hermano no habia reparo en que se levantase el velo; á que respondió la Santa: *Pues solo se habla con la lengua, permítame que tenga cubiertos los ojos y la cara.* Su profundo recogimiento era efecto de su íntima union

con Dios. La materia continua de su oracion era la pasion de Jesucristo. Quien ve á Jesucristo clavado en una cruz, decia la Santa, ¿cómo puede pensar en otra cosa?

En la comunión gustaba tantas delicias espirituales, que eran para ella como precusores de los gozos de la gloria. Llamábanla el serafín en carne mortal. Su aire, su modestia, sus conversaciones, y hasta su mismo silencio, todo inspiraba aquel fuego del divino amor que abrasaba y consumia su alma. A este inflamado amor de Dios correspondia su ardiente caridad con sus hermanas y con el prójimo. Cualquiera oficio penoso del monasterio la parecia muy superior á las fuerzas de sus hermanas, y todos juntos los juzgaba muy inferiores á las suyas. Quería cargar con todos á esfuerzos de su gran corazón y de su valor, y con efecto ella servia todos los mas trabajosos: para los mas bajos y los mas humildes decia siempre que tenia especial talento; y no la podian dar mayor gusto que cargarla bien de este género de oficios.

Murió su hermana con la muerte de los justos, como lo supo Clara por divina revelacion, y de unánime consentimiento fué nombrada por superiora. Era la humildad su amada virtud, y se sobresaltó estrañamente con aquella eleccion. En vano añadió las lágrimas á los ruegos; en vano representó su edad, sus imaginarias imperfecciones, su poca salud; no se dió oidos á su invencible repugnancia. Solo la consoló el pensamiento de que ya tendria libertad para escoger lo mas abatido de la casa, y de que ninguna podria poner limites á sus penitencias.

Una superiora de tan eminente santidad presto comunicó el fervor y la perfeccion á todas sus súbditas; sus ejemplos eran regla viva, y su valimiento con Dios fecundo manantial de bendiciones para toda la casa. Halláronse sin pan las monjas en una carestía universal que afligió al pueblo de Monte-Falcó; recurrió á Dios nuestra Santa, y luego que acabó su oracion llegaron á la puerta del convento dos ángeles en figura de dos gallardos mancebos, cargados cada uno con un cesto lleno de pan: milagroso socorro que se continuó todo el tiempo que duró la carestía.

Aunque estaba todavía en su primitivo fervor aquella reciente comunidad, no obstante, la nueva superiora dispuso algunas reglas que perfeccionaron maravillosamente aquel nuevo instituto, haciendo al monasterio de Monte-Falcó modelo cabal de comunidades religiosas. Reformó los locutorios, convirtiéndolos en oratorios, y se desterró de ellos toda visita y toda conversacion aseglarada. Las religiosas no se dejaban ver de los de fuera. La conversacion habia de ser de Dios; y para que aun esto durase poco, estaban en una postura incómoda y penosa. En lo interior

del convento solo se veian imágenes ó instrumentos de la pasion de Cristo. Resplandecia en todo la pobreza, y aunque el monasterio tenia sus rentas, todas las monjas eran estremadamente pobres.

A vista de tan santa y fervorosa superiora no era fácil dar lugar á la imperfeccion y á la tibieza; sus ejemplos, sus palabras y sus milagros inspiraban en todas los deseos de la mas alta perfeccion. Su caridad prevenia aun las mas mínimas necesidades, y pegaba su fervor á las mas tibias. Cautivaba á las enfermas la frecuencia con que las visitaba, y el amor con que de dia y de noche las servia. Viendo en cierta ocasion curar una llaga que causaba horror, se desmayó; volvió en sí, y condenando su poco valor y su demasiada delicadeza, para vencerla, resolvió curar por su propia mano á la paciente; hizolo, besóla la llaga, chupóla la podre, y desde entonces no volvió á sentir mas repugnancia. Sus palabras eran tan poderosas como sus obras, y no habia resistencia á la eficacia de sus oraciones. Por raro pecador pidió á Dios que no se convirtiese. Abrasado todo el país en las diferencias y discordias que sobrevinieron entre los vecinos de Monte-Falcó y los de Trebi, Florencia, Arezo, Espoleto y Reati, apenas levantó Clara las manos al cielo, cuando á ellos se les cayeron las armas de las suyas; y aquellos pueblos, que ninguno habia podido componer, convinieron en todo luego que se encomendaron en las oraciones de nuestra Santa.

Sus enfermedades casi continuas, sus vivísimos dolores y sus escésivas penitencias la tenian en una perpetua cruz, y con todo eso cada dia estaba mas insaciable de mortificaciones. Movida del ardentísimo deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió á su divino Esposo la gracia de que experimentase en su cuerpo y en su alma todos los dolores y amarguras de su pasion. Fué oida abundantemente. Apareciósela el Salvador con la cruz á cuestras, y la dió parte en los dolores que padeció. Fué tan viva la impresion, y los dolores tan vehementes, que no le era posible resistirlos; pero la misma mano que los comunicó la dió fuerzas milagrosas para que no muriese á violencias del dolor. Despues que recibió del cielo este insigne favor, tuvo siempre una vida penosísima y estremadamente débil. Decia que era ya la esclavita de la santísima Virgen en el monte Calvario, inseparable de aquella afligida Madre dolorosa. Pero ni aun este fué su mayor martirio.

Hablando un dia con sus hijas de los celestiales consuelos que se experimentan en la frecuente meditacion de la pasion de Cristo, una religiosa jóven la dijo con aire y en tono un poco vivo: *Madre, V. R. nos pondera mucho las esquisitas dulzuras y el*

suavísimo dolor que se experimenta en esas meditaciones del Calvario; pero yo solo hallo disgustos y sequedades en esas tristes meditaciones. Indignóse la Santa al oír una viveza de tan poca edificación, y dejándose llevar de aquel primer movimiento, le manifestó no sin algun esceso. Castigó Dios bien rigurosamente una falta tan ligera. Desde aquel punto y por espacio de once años fué su oracion un continuo ejercicio de tormento; acabáronse los gustos; acabáronse las visiones; acabáronse los consuelos sensibles; y por decirlo así, se vió como entregada á merced de todo el infierno junto. En adelante todo fué tentaciones abominables, espantos continuos, sequedades, turbacion, inquietudes, impetus de desesperacion. Lloraba, gemia, doblaba las penitencias, clamaba por misericordia; pero el cielo parecia de bronce: Dios y la santísima Virgen se mostraban sordos é insensibles á sus clamores. En fin, volvió la calma despues de once años de purgatorio. Aplacado el divino Esposo, y dándose por satisfecho de su larga inmutable perseverancia; la hizo oír su voz, la consoló, y la restituyó con cien dobladas usuras sus antiguos favores. Desde allí adelante todos fueron éstasis, visiones y consuelos celestiales. En una de aquellas visiones extraordinarias, la dijo Jesucristo que en señal de lo agradable que le era la tierna devocion que profesaba á su pasión, queria grabar en su corazon todos los instrumentos de ella. Desde aquel instante sintió en él continuamente todos los dolores que correspondian á cada uno. Descubrió en confianza á algunas de sus hijas y á su confesor esta merced que la habia hecho el Señor; y desde entonces quedaron persuadidos á que despues de su muerte se verian señalados estos instrumentos en su corazon.

Favoreció Jesucristo con muchos dones á esta su crucificada esposa. Tuvo en grado eminente el de profecía y el de milagros. Se asegura que resucitó dos muertos, y que dió salud repentina á muchos enfermos. Canonizóronla en vida, digámoslo así, pues no la sabian dar otro nombre que *la Santa de Monte-Falcó*. Concurrían de países muy remotos para encomendarse en sus oraciones; y los preladós, los cardenales y los príncipes se tenían por muy dichosos en merecerla alguna parte en su memoria. Quiso, en fin, el Señor premiar tan santa vida; revelóla en un éstasis el día de su muerte; dispúsose para ella redoblando su fervor. Pidió que la administrasen los sacramentos, aunque no parecia estar de particular cuidado; y habiendo exhortado á todas sus hijas á una tierna devocion con Jesucristo crucificado y con la santísima Virgen, murió con la muerte de los justos el día 18 de agosto del año de 1308, cerca de los treinta y tres de su edad,

que casi todos los habia pasado en el monasterio. Quedó su rostro mas brillante y mas encendido despues de su muerte que lo que estaba en vida. Quisieron sus hijas absolutamente ver su corazon. Abrieronla, y se hallaron en él tan perfectamente grabados los instrumentos de la Pasion, que se juzgó muy conveniente manifestar al público esta maravilla. Dióse parte al señor obispo de Espoleto, quien envió á su provisor á reconocerla. Este la trató al principio de embuste ó de ilusion: mostráronle el santo corazon; pero creyó que se habia grabado artificialmente, lo que se pretendia pasase por milagroso. Para hacer la prueba mandó que se dividiese el mismo corazon en su presencia, y se hallaron visiblemente grabados los mismos instrumentos en las dos superficies interiores. Dió entonces orden de que se dividiese en cuatro partes, y en cada una de ellas se registraron todos igualmente grabados. Hizo gran ruido un milagro tan auténtico. Concurrió todo el pueblo al convento; hiciéronse magnificas exequias, y muy desde luego se comenzó á trabajar en el proceso de su canonizacion. El año de 1316, ocho despues de su muerte, el papa Juan XXII espidió dos bulas al principio de su pontificado, procediendo en ellas á la ceremonia; y el papa Urbano VIII permitió á todos los religiosos y religiosas de S. Agustin que celebrasen su fiesta.

SANTA ELENA, VIUDA.

SANTA Elena, madre del emperador Constantino, una de las Princesas mas recomendables que se han visto en los siglos, digna por su incomparable fe, por su religiosidad y por su magnificencia de los altos elogios que los santos padres le atribuyen, nació por los años 247 de nuestra era, segun el mas arreglado cálculo; dejándose ver en el mundo dotada de todas las disposiciones nobilísimas para los altos designios que sobre ella tenia la divina Providencia. Varian los escritores sobre el pueblo de su origen; codiciosos respectivamente de dar á su país blason tan honorífico; pero sin embargo de que autores de clase la dan por patria á Tréveris, ciudad de la Galia, otros con superior motivo la estiman nacida en una de las ciudades del reino Británico, llamada Colcestia, hija de Cohel, rey de aquella isla.

Enviaron los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de Inglaterra á Constantino Cloro, uno de los mas famosos capitanes del ejército romano: hospedóse este en casa del padre de Elena; y llamándole la atencion la rara hermosura, la gallarda disposicion, el natural despejo, el vivo y perspicaz in-

genio de aquella nobilísima doncella, que era el objeto de la admiración y del aprecio de todo el país; prendado de tan sobresalientes cualidades, contrajo con ella matrimonio, en el cual tuvieron por fruto al grande Constantino.

Renunciaron en un día el imperio Diocleciano y Maximiano, uno en Milan y otro en Nicomedia, y nombraron á Maximiano Galerio y á Constantino Cloro por Césares y gobernadores; pero con la condicion, por lo respectivo á Constantino, de que repudiase á Elena, su legítima consorte, y casase con Teodora, hija de la mujer de Maximiano. Aceptó la condicion Constantino para asegurar el imperio, y evitar los inconvenientes que de lo contrario se le ofrecian; pero como su estimacion y amor para con Elena y su hijo era tan grande como se merecian ambos respectivamente, les dispuso en Tréveris una habitacion magnífica, y asistió con la grandeza indispensable al mantenimiento de tan distinguidos príncipes.

Murió Cloro, y no obstante la sucesion dilatada que en Teodora tuvo, declaró por sucesor de su imperio á su hijo Constantino, que llegó á ser el mas grande y el mas poderoso emperador que hasta entonces se habia visto en el mundo; por cuyo medio se vió la Iglesia libre de aquella multitud de perseguidores que la habian hecho gemir por espacio de mas de trescientos años. Consiguió este príncipe la mas completa victoria del tirano Majencio, la que confesó deber á la virtud de la cruz de Jesucristo: logró la misma de Máximo y Licinio, sus concólegas on el imperio, y reconociendo deber estos completos triunfos á la asistencia del cielo, anuló los edictos de los emperadores paganos, publicó muchos en favor de los cristianos, mandó abolir las supersticiones gentílicas, destruyó los templos de los ídolos en todo el imperio, y ordenó edificar sobre sus ruinas iglesias para el libre uso de los divinos oficios.

Aunque todos estos progresos de aquel nunca bien ponderado príncipe fueron efectos de su reconocimiento á Dios, desengañado de los necios delirios adoptados por los ídólatras, debieronse en gran parte á las santas persuasiones de su santa madre, que habiendo abrazado la religion cristiana antes que el hijo, segun escribe S. Paulino, y con él muchos otros autores, inspiró en el corazon de Constantino tan nobilísimos pensamientos, persuadiéndole que en acciones tan heroicas vinculaba la proteccion divina, experimentada tan visiblemente en los prodigiosos triunfos que conseguia de todos sus enemigos.

Elena, que no dudaba ser debidas las victorias de su hijo á la cruz de Jesucristo, insignia y señal de los profesores de su reli-

gion, se encendió en deseos vivísimos de buscar aquel estandarte regio por el que se obró nuestra redencion, y tan señalados triunfos. Habia mandado Constantino que se demoliere el templo profano que los gentiles levantaron sobre el santo sepulcro, y que allí se hiciese una iglesia suntuosísima en honor de Jesucristo; y considerando Elena ser aquella la ocasion mas oportuna para el descubrimiento del precioso tesoro que deseaban ver sus ojos, quiso tomar á su cargo la grande obra encargada por su hijo. Era á la sazón de cerca de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devocion, y en todo cuanto podia contribuir á la mayor gloria de la religion cristiana, haciendo uso de la dignidad de augusta en que la hizo declarar Constantino, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio del tesoro imperial; aunque era enemiga de todo fausto vano, humildísima y modestísima, era al mismo tiempo tan liberal y tan magnífica en todo lo tocante al culto divino, que no perdonaba los mayores gastos para adornar y enriquecer los templos de Jesucristo.

Con estas facultades amplísimas pasó á Jerusalem la Santa, sin que los trabajos é incomodidades de peregrinacion la acobardasen en una edad tan avanzada. Visitó con la ternura y devocion propia de su religiosidad todos los lugares que santificó con su real presencia Jesucristo; y como el objeto principal de sus designios era buscar la cruz del Redentor, se dirigió al lugar de su sepulcro en donde discurrió estaria, bajo el supuesto de haber sido costumbre entre los judíos enterrar á los ajusticiados con los mismos instrumentos que lo habian sido.

El odio que profesaban al Crucificado los gentiles hizo lo posible para borrar hasta la memoria del santo sepulcro. Sobre haber terraplenado la gruta y levantado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un famoso templo á la diosa Vénus, donde la ofrecian los mas abominables sacrificios. No acobardó á la santa emperatriz semejante trasmutacion que hacia la empresa verdaderamente difícilísima. Mandó demoler el infame monumento de la impiedad, y guiándose por la tradicion antigua, hizo cavar tan profundamente, que al fin descubrió el santo sepulcro, y en él la cruz de Jesucristo, de la que separado el título que sobre ella puso Pilatos, y mezclada con las otras dos de los ladrones crucificados, solo restaba saber cual de ellas era la del Redentor. Descubrióse su identidad á virtud de dos prodigios que obró su contacto, uno de la milagrosa sanidad de una señora en la agonía, y otro de un cadáver que resucitó la

misma insignia; y ya cierta Elena de ser aquel el regio-estandarte que triunfó de la muerte y del abismo, no cabe en esplicacion las demostraciones de respeto, que toda bañada en lágrimas, tributó al sagrado madero, del cual trajo la mitad engastada en piedras preciosas á su hijo Constantino, y dejó la otra mitad en el magnifico templo que hizo construir en el mismo sitio.

No satisfecha su piedad con este monumento, erigió otro templo en el monte de las Olivas, desde donde ascendió á los cielos Jesucristo, ejecutando lo mismo en la cueva de Belen en que nació al mundo; todos los cuales enriqueció con dones preciosísimos y liberalísimas donaciones. De Jerusalem partió á visitar los monasterios de la Palestina, edificando á aquellos desiertos con su admirable conducta, sin permitir que los siervos de Dios, que santificaban las soledades, la tributasen los obsequios debidos á la emperatriz del mundo; antes bien se llenaron de edificacion al ver la humildad, la modestia y la sumision con que les veneraba, trataba y hablaba, dejándoles para eterna memoria varios oratorios y basílicas, á fin de que en ellos se diesen á Dios los mas reverentes cultos.

Despedida de la Tierra Santa con tiernas lágrimas, hizo tránsito por diferentes ciudades del Oriente, en las que dejó inmortales monumentos de su piedad, y socorrió con liberalísima mano á los pobres necesitados. Los caminos se vieron poblados de innumerables concursos para tener la dicha de ver á la santa emperatriz, que con la mayor dulzura y suavidad les recibia, dispensándoles caritativamente todas las gracias que le suplicaban. Entre vivas y aplausos hizo tan dilatadas jornadas; pero estos hechos no fueron capaces para alterar la profunda humildad que abrazó su corazon á imitacion de Jesucristo, haciéndola esta basa fundamental de su conducta mas digna de veneracion que todos los rasgos de su heroismo.

Quiso el Señor premiar los grandes méritos de su sierva; y entrada en la edad de ochenta pasó á gozar de la vision beatífica en el dia 18 de agosto por los años de 327, segun la computacion mas ajustada á la serie de los hechos de su vida. Su cuerpo fué depositado con imperial magnificencia, en la iglesia de los santos mártires Pedro y Marcelino de Roma, en el suntuoso sepulcro que mandó erigir su hijo Constantino, donde se le tributó la veneracion y culto correspondiente por muchos siglos. De allí se trasladó en el año 852 á Francia al monasterio del orden de S. Benito, llamado Altvillarensé, vulgo Hautvilles, en el obispado de Rems, donde se ha dignado Dios obrar repetidísimos

milagros por intercesion de la Santa; los que recopiló Almano, monge del referido monasterio, quien con elegante estilo escribió de las actas de esta prodigiosa heroína del cristianismo, valiéndose de las mas recomendables espresiones en apoyo de su nobleza, de su religiosidad, de su eminente virtud y de su magnificencia.

SAN AGAPITO, MÁRTIR.

EN la persecucion del emperador Aureliano, andando los cristianos descarriados, afligidos y escondidos por bosques, montes y cuevas, escogió nuestro Señor un niño de quince años en la ciudad de Palestrina, no lejos de Roma, llamado Agapito, y armóle de su espíritu y fortaleza del cielo, y opúsole al furor y poder de Aureliano para que pelease, y venciese, y triunfase de él, y con su precioso martirio animase á los hombres de mayor edad (ya que no iban adelante) á seguirle, y no dudasen derramar la sangre por la confesion de Jesucristo; pues veian que un niño tierno y delicado con tanta constancia habia sufrido tantos y tan grandes tormentos, y dado su vida por él. Mandó prender el emperador; y viéndole por una parte de tan poca edad, y por otra tan fervoroso y deseoso del martirio, le mandó azotar con duros nervios crudamente, creyendo que con este castigo se trocaria; pero como el santo niño con los azotes y espantos se encendiese mas en el amor de Jesucristo, entrególe el emperador á un presidente suyo, llamado Antioco, para que en todo caso le hiciese sacrificar. El presidente le encerró en una cárcel muy áspera y oscura, y mandó que por espacio de cuatro dias no le diesen cosa alguna de comer, para que con la hambre (que suele ser muy penosa á los de poca edad) se ablandase y enterneciese. Sacáronle el quinto dia tan constante como el primero; y el juez le hizo echar carbones encendidos sobre su cabeza; y Agapito, cuando se los echaban daba gracias á Dios, y decia: «No es mucho que la cabeza, que ha de ser coronada en el cielo, sea quemada en el suelo. Muy bien asentará la corona de gloria sobre las llagas y heridas recibidas por Jesucristo.» Azotáronle la segunda vez tan fuertemente, que su cuerpo quedó todo rasgado y llagado, y el suelo regado con su sangre; y encendieron fuego y echaron muchos materiales de cosas inmundas, para que el humo que salia, y daba en su rostro, gravísimamente le atormentase. Estando en este tormento dijo al presidente: «Bien se ve que toda tu sabiduría es vana, y un poco de humo;» y él se embraveció, y

le mandó de nuevo azotar por cuatro sayones uno despues de otro, y derramar sobre sus carnes llagadas agua hirviendo, y darle grandes puñadas en la boca y quebrarle las mejillas; mas el Señor queriendo favorecer la fe y constancia del santo niño, y castigar la maldad del inicuó juez, le hizo caer de la silla, en que como juez estaba sentado, y poco despues (sintiendo la virtud de Dios que peleaba en el mártir) dió su infeliz alma al demonio. Cuando supo esto el emperador, quiso vengar la muerte de Antioco en Agapito, y mandole echar á las bestias fieras, para que le tragasen y fuese sepultado en ellas; mas las fieras fueron tan comedidas con el bienaventurado niño, que se echaron á sus pies, lamiéndole y halagándole. Viendo esto los niños del emperador, le degollaron, y los cristianos tomaron de noche su sagrado cuerpo, y le enterraron una milla fuera de la ciudad en un campo, donde hallaron un sepulcro nuevo que el Señor habia aparejado milagrosamente para que el santo niño y valeroso mártir fuese honrado. Moviöse con este ejemplo un soldado principal, llamado Anastasio, y convirtiöse á la fe de Cristo, y de allí á tres dias mereció la corona del martirio. El de S. Agapito fué á los 18 de agosto, el año del Señor de 275, imperando el sobredicho emperador Aureliano. Las reliquias de S. Agapito están hoy dia en la ciudad de Palestrina, donde murió, y es reverenciado de todo el pueblo con gran devoción. Su nombre es famoso en los sacramentarios de S. Gelasio, y de S. Gregorio el Magno, y en los antiguos calendarios de la Iglesia de Roma.

LOS SANTOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA Y DE SAHAGUN.

HABIENDO llegado á lo sumo el odio del cruelísimo Mahomad rey de Córdoba contra la religion cristiana, los monges que florecian en aquella ciudad y su comarca en el siglo ix, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios. El célebre monasterio Tabanense fundado por la santa familia del mártir Jeremías y su mujer Isabel, fué del todo asolado. El de Cuteclara, el de S. Martin, el de S. Felix, el de S. Salvador, el de S. Zoilo, el de S. Justo y Pastor, el de san Ginés y el de S. Cristóbal fueron poco á poco despoblándose, y sus monges se refugiaron á varias provincias católicas exentas de aquella tiranía. Unos eligieron el monasterio de Samos, siendo su abad Ofilon el año 862. Otros fundaron el de S. Miguel de Escalada el año 873. El abad Alonso con sus monges en el año 874 reedificaron el monasterio de Sahagun. El abad Juan con sus monges poblaron el de S. Martin de Castañeda año de 952.

El abad Teodomiro y otros monges fundaron el de S. Zoilo en Carrion el año 1060.

Los trabajos particulares que tuvieron que sufrir de los moros los monasterios de Córdoba no se saben con toda distincion. Mas por lo que acaeciò en el de S. Cristóbal que estaba junto á la ciudad á la orilla del Betis, podemos rastrear la causa porque los otros monges huyeron. Vivía en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad y entregados á Dios. Estando ausente el abad con algunos monges fueron allá los moros, y con gran furia dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron al monasterio no dejando en todo el piedra sobre piedra. El abad luego que supo esta matanza y desolacion, envidiaba la dichosa suerte de sus buenos súbditos, y lloraba los pecados que creía le habian hecho indigno de aquella corona.

Sucedió esta ruina el año 874. El abad y los monges que se salvaron de ella, determinaron retirarse á los dominios del rey D. Alonso el III. Recibiòlos este principe con benignidad, y les dió el monasterio de Sahagun dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Al abad eligió despues para ayo y director de su hijo D. García, cuya confianza desempeñó cumplidamente. Este oficio servia el abad en la corte del rey, cuando el año 883 Almundar, hijo del rey Mahomad, á la cabeza de un grande ejército de su gente entró por los dominios del rey D. Alonso. Iba este bárbaro asolando las ciudades y las provincias como azote de Dios enviado para castigo de nuestro reino. En el monasterio de Sahagun hizo alarde de su furor y del odio que tenia entrañado contra el nombre de Cristo. Asoló el edificio, y á los monges asesinó con gran crueldad, entregándose ellos de su voluntad á la muerte. Solo el abad Alonso quedó vivo para llorar su desgracia.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor de Sta. Clara la siguiente:

Oyenos, ó Dios, que eres nuestra salud, para que así como la fiesta de tu virgen la bienaventurada Clara da mate-

La Epístola es del cap. 24 del Eclesiástico, y la misma que el día xv, pág. 244.